

De la Primera Comunión a la Primera Eucaristía

JOSÉ M.^a MARTÍNEZ BELTRÁN

Han quedado atrás los meses de la primavera y con ellos el recuerdo de las Primeras Comuniones. Los catequistas nos hemos quedado, además del recuerdo, con algunas dudas sobre el significado de lo que hemos dicho, y asoma la sospecha sobre lo que haremos para el próximo curso. La sospecha afecta no tanto a lo pintoresco de esos días de Primera Comunión cuanto al sentido con que los niños la realizarán y a la posibilidad de conexión de significados con sus padres y demás familia. Por eso se ve uno motivado a reflexionar sobre el particular.

Si recorremos la variopinta realidad de nuestras parroquias y colegios, encontramos gran diversidad de formas y contenidos. Habrá lugares en los que se sigue «dando» o «tomando» la Primera Comunión; niños que llegan a ese momento con un catecismo memorizado con el esfuerzo de uno o dos meses; familias que lo entienden como un momento significativo dentro del proceso de educación de la fe; catequistas conscientes de que ese día es el primero de otros muchos en que podrán realizar el acompañamiento de los niños camino de su opción cristiana...

La catequesis no es suficiente para regular la realidad interna de los niños en su preparación; se les puede dar un contenido y un significado en la celebración de su Primera Eucaristía, que luego queda truncado si la realidad familiar está viviendo el «acontecimiento» desde otra dinámica social o simplemente como «acto». Sigue existiendo en muchos ambientes familiares la

consideración de lo religioso como una sucesión de momentos significativos: bautismo, primera comunión, bodas, sacramentos de los enfermos; lo cual da lugar a gran mezcla de motivaciones y a componentes parasitarios de lo que es un sacramento.

El descenso del número de niños en la catequesis del año que sigue a la primera comunión y la razón que dan algunos padres de dichos niños («si ya ha hecho la Primera Comunión»...) nos muestran la pervivencia de esa religiosidad para determinadas circunstancias. De aquí que uno de los escollos más significativos para la catequesis sea la falta de inserción familiar en su mismo proceso de vivencia comunitaria de la fe. La ausencia no se puede achacar a los niños, salvo en aquello que ellos tienen de fluctuación, sino a las creencias familiares.

LO QUE SE CELEBRA ES EL SACRAMENTO

Celebrar la Primera Comunión como momento significativo no es rechazable, ya que sacramento es encuentro con Dios en tiempos importantes de la vida. Pero no basta, pues también implica su celebración que existan condiciones propias en quienes lo celebran: consciencia de lo que se está realizando, capacidad de conversión y transformación de la vida, y ser capaz de una opción por el estilo de vida más acorde con el Evangelio. Llegar a captar ese estilo de vida y a hacer del Evangelio una normativa internalizada en la propia conciencia sería la condición exigida por la celebración misma. En los niños de nueve años —edad en la que habitualmente se hace la primera comunión— resulta muy reducida la posibilidad de internalización de dicha normativa.

Por otra parte, si todo sacramento se celebra con una referencia explícita a Jesús de Nazaret, a su muerte y resurrección y a la vida nueva del Espíritu, resulta imprescindible un mínimo de comprensión para poder participar en el sacramento. Siempre que se asegurara la catequesis anterior y posterior al momento de la Primera Comunión no sería tanto problema realizarla a esa edad, confiados en que siempre existe un mínimo de comprensión del misterio cristiano.

La catequesis quiere abrir los ojos de los niños a las experiencias nuevas, a la vida que en ellos tiene mucho de novedad, y ayudarles a celebrar esa misma vida y experiencias: la primera socialización, las experiencias de gratitud, la filiación, las experiencias de ilusión y alegría, de justicia e injusticia, etc. La toma de conciencia de la realidad les va dando el sentimiento de su personalidad y configurándola incluso en lo religioso.

La afirmación de que el sacramento no se recibe, sino que se celebra, nos lleva de inmediato a una consecuencia catequística: hay que desarrollar toda una pedagogía y aprendizaje de la celebración. En el fondo, esto equivale a decir que hay que ayudar a los niños en el aprendizaje de la simbolización, en la

habituaación al descubrimiento de su capacidad metafórica, de modo que puedan actualizar el misterio por medio del rito. Esto implica el lento ejercicio de transformar su experiencia en metáfora por medio de las distintas formas de expresión de la misma.

La catequesis, como la liturgia, son por sí mismas actividades creadoras más que repetidoras de ritos y formas. Los símbolos han de nacer de los grupos y comunidades como expresión de la vibración interior del mensaje religioso y al mismo tiempo la expresión realizará el enriquecimiento de la fe. De la capacidad de crear sus propios símbolos podemos deducir la mayor o menor madurez de todo grupo cristiano.

Quienes muestran sus miedos por las modificaciones rituales y quieren ajustar la psicología de los niños a lo ya existente en liturgia, pese a la pérdida de comprensión casi total en aquéllos, deberían considerar que la esencia del rito y la celebración no está en ninguna de las formas, sino que radica en el misterio de Jesús realizado en la comunión eclesial.

La Primera Eucaristía, por tanto, queda dentro del proceso educativo de la fe y en el momento en que el niño está descubriendo a Jesús, la fe, la Iglesia, el hombre nuevo... Tiene lugar cuando el compromiso que adquirimos quienes celebramos se ajusta solamente a comportamientos aislados y olvidadizos en la mente de los niños. Además, se celebra cuando los niños van tomando una consciencia primera de grupo, sin capacidad para considerar la realidad comunitaria de la fe si no es por simple referencia a las comunidades adultas que se les proponen como referencia.

Realidad y limitación van juntas en la catequesis. Por eso, realidad de la primera eucaristía y limitaciones de los niños permanecen también inseparables. Mas, donde aparece la limitación, surge también el marco de referencia catequístico: hay que centrarse en la figura de Jesús, en la fe, en la Iglesia, en el hombre nuevo; se han de ejercitar compromisos concretos que creen el hábito del compromiso más totalizante, y se ha de inculcar a los niños el sentido de la comunidad que celebra. En este contexto, la primera eucaristía será un acontecimiento de toda la comunidad, de la que ellos forman parte importante en el sacramento.

Partimos, pues, de la comunidad y la ponemos como meta, así lo hace el Concilio Vaticano II. La asamblea y comunidad son lo decisivo en la Eucaristía más allá del lugar, del rito, del ministro. Y éste ha de ser un eje fundamental en la catequesis, en el que los niños podrán situarse desde su primera conciencia de estar juntos, su descubrimiento del grupo, su percepción de la necesidad grupal, su sentido de catecumenado y, por fin, su presencia significativa en una comunidad cristiana.

LOS NIVELES DE COMPRENSION DE LOS NIÑOS

El momento en que los niños celebran su Primera Eucaristía está señalado por algunos rasgos psicológicos que conviene señalar.

La organización de su mente comienza a sentir la necesidad de organización de los datos e impresiones que hasta ahora le han llegado de modo indiferenciado y que ahora trata de depurar eliminando los componentes falsos y reconstruyendo nociones a partir de las nuevas experiencias.

En esta labor de reconstrucción siguen presentes algunos elementos fantásticos mezclados con los intentos de realismo que su inteligencia requiere. La inestabilidad emocional, la inconstancia de los comportamientos, la labilidad de su fantasía, etc., son la realidad con la que la mente infantil cuenta en su proceso de adquisición de nuevos conceptos y ampliación de los horizontes noéticos.

Sin embargo, el niño es capaz de realizar los primeros análisis sobre sí mismo, sus comportamientos y actitudes; de comprender las propiedades objetivas de la realidad, de los demás e incluso del mundo religioso-moral. La realidad la capta por la apariencia de las cosas, por el aspecto exterior y por los datos sensibles; no capta la totalidad de los significados.

Pese a esa limitación respecto al mundo del adulto, el niño va formando su mundo interior según sea el contacto con las personas y los hechos que vive; busca nuevas experiencias y las integra en ese mundo a través de los sentimientos de gozo, tristeza, miedo... que le proporcionan. Es lo que ocurre con el sentimiento religioso, verbigracia: el niño puede concebir lo religioso como una normativa de temor cuando se le presenta un Dios que premia o castiga los comportamientos concretos, o bien como experiencia gozosa de amor y libertad si las personas que le rodean viven y expresan sus criterios religiosos y su vida con esas características.

Su actitud crítica y la llamada a la responsabilidad en sus actos corren el riesgo de crearle confusión cuando las situaciones que detecta el niño —ayudado por sus educadores— no le ofrecen elementos coherentes a partir de los cuales pueda tomar criterios de identificación con los adultos. No perdamos de vista que los niños observan las conductas y regulan las suyas a partir de lo observado.

Y si esto es cierto tratándose del mundo de los adultos, lo es más todavía dentro de las relaciones con sus iguales. El niño muestra gran interés por sus «amigos» y compañeros, crece en él un gran deseo de convivencia y en ella va encontrando ese mundo nuevo compuesto de figuras no tan idealizadas como las de sus padres y maestros. En el grupo encuentra independencia, reciprocidad y autonomía, así como la medida de sus posibilidades y de su yo

real. Cooperación, compañerismo, solidaridad... son los primeros aprendizajes necesarios para que más tarde nazca la amistad, el grupo constante, la comunidad.

IMPLICACIONES CATEQUISTICAS

Los rasgos de la psicología infantil señalados anteriormente nos hacen extraer algunas consideraciones catequísticas, significativas sobre todo para el momento de preparación de los niños a la celebración de su Primera Eucaristía. La psicología del niño ha de estar presente en todo planteamiento catequístico si queremos que los mensajes le lleguen con algún significado.

1. Lo religioso y lo celebrativo no nos remiten a algo mágico, sino a realidades del misterio de salvación. Sin embargo, resulta fácil caer en ello y deformar el sentido de lo que se celebra; bastaría con detectar ciertas formulaciones intimistas escuchadas en celebraciones de la «primera comunión»: «Jesús está en vuestro corazón», «por haber comulgado tenéis que ser buenos», «Jesús baja del cielo y entra en vuestro pecho»... que se olvidan de la realidad de esa comunión eclesial que acompaña a los niños en la celebración del misterio de Jesús y se compromete con ellos en su acompañamiento y crecimiento en la fe. La presencia de los niños en la Primera Eucaristía es la primera expresión pública de su fe y de lo que ella significa: perdón, alegría, compromiso... vividos en la comunidad humana.
2. La Primera Eucaristía tiene un componente experiencial básico para los niños: es el gozo de la experiencia nueva, la ilusión de sentirse centro de atención, el vestido nuevo, el regalo. Importa mucho que todos esos componentes lleguen a formar una experiencia religiosa, y lo será en la medida en que todos ellos se hagan transparentes y le muestren esa otra realidad que los configura y transforma: Jesús se hace presente en la realidad de las personas que le muestran su amor y sus deseos de que su crecimiento sea también en la fe y el conocimiento de Jesús de Nazaret.
3. El rito es el acto simbólico al que los niños han de llegar tras una catequesis y pedagogía de los símbolos: palabras, gestos, pan, vestido nuevo... habrán servido en la catequesis como otras tantas simbolizaciones de la comunicación, la amistad, la acogida, la fiesta... que les disponen para realizar la referencia analógica de lo que se celebra en la liturgia: Dios se comunica con nosotros, nos ama, el amor y la salvación se realizan en Jesús.
4. Si los nueve años marcan el comienzo o génesis de las operaciones formales, se ha de aprovechar para iniciar a los niños en las formas de expresión simbólica para que aprendan a trascender la realidad de los signos. Cuando provocamos en ellos la experiencia de los símbolos, les ayudamos a expresar sentimientos, evocaciones y la experiencia misma, haciendo que la relacionen con aquellos signos que hacen vibrar la sensibilidad e introducirse en los arquetipos culturales del grupo humano al que pertenecen.

Provocar la experiencia del símbolo quiere decir acercarlos a la realidad de las cosas, a los recuerdos, usos, momentos vividos... en que esas cosas —fuego, agua, sol...— han tenido un valor significativo en su experiencia. Esta relación simbólica da a lo religioso su carácter festivo, de algo nuevo y distinto que sorprende el corazón y le da sentidos nuevos más allá de la realidad.

5. Los niños pueden descubrir que la Eucaristía no solamente es una «práctica» repetida periódicamente (misa semanal), sino una «praxis» que lleva al compromiso, al cambio, al encuentro con Dios en la comunidad de los creyentes. Los actos de compromiso infantil son sólo el camino, la pedagogía para lograr la formación de actitudes: de respeto, de participación, de compartir, de renovación continua según el Evangelio.

Estamos todavía lejos del momento de las opciones fundamentales que tendrán lugar durante la juventud, mas no por ello vamos a descuidar esta edad en la que solamente son posibles opciones de hechos concretos y de cambios en comportamientos observables; de su ejercicio y de la explicitación de las motivaciones irán surgiendo las actitudes que harán posible las opciones esperadas.

66. Si la Primera Eucaristía supone para los niños una experiencia religiosa —aunque con las limitaciones sabidas—, habrá que cuidar que las siguientes eucaristías lo sean también. Para ello no basta con reducirlas a una «misa» más desencarnadas de su realidad infantil o exentas del nivel de comprensión que ellos requieren. Los simbolismos, la participación, el lenguaje, los gestos... han de ser adecuados a su mentalidad y capacidad de creación. Consideramos a los niños como un grupo específico con el cual, y siguiendo la orientación de Sacrosanctum Concilium (n. 37), se ha de promover «el genio y las cualidades peculiares» de la celebración.

LINEAS BASICAS DE PROGRAMACION

Las distintas programaciones de los secretariados de catequesis confluyen en cuatro núcleos fundamentales que se ajustan al momento evolutivo del niño y a través de los cuales intentan hacer despertar en él lo religioso como primer acercamiento a la figura de Jesús a partir de la vida y experiencias del niño. Estos cuatro núcleos pueden servir para los catequistas. No aparece en ellos una alusión directa a la Primera Eucaristía, sino que se mantienen en la programación del proceso catequístico en una solución de continuidad que puede ser más lógica y significativa.

Señalo a continuación los cuatro núcleos orientativos de los catequistas:

1. Toma de conciencia de su realidad experiencial:

- Soy yo, tengo un cuerpo.
 - Río, canto, siento...
 - Hay muchas cosas bellas que nacen, crecen y me admiran.
 - Necesito de las cosas: el agua, el sol, el fuego...
 - Todo es un regalo de Dios creador.
2. Descubrimiento de la realidad de los otros:
- Hay personas que me quieren y se desvelan por mí.
 - Todos tenemos vida, crecemos, vivimos juntos.
 - Nos unimos de un modo especial en la fiesta, celebramos.
 - Por el bautismo somos hijos de Dios y hermanos.
3. Jesús, su persona y mensaje.
- Jesús nace como nosotros. Su vida, muerte y resurrección
 - Jesús es amigo y como tal perdona y quiere la paz.
 - Nos dice cómo hemos de ser y a veces no queremos seguirle.
 - Amarle es hacer lo que nos dice, como El hizo con su Padre.
 - Puedo conocerle en la Palabra y por los demás.
 - Jesús es la Buena Noticia.
 - Los que creemos en El formamos una familia y hemos de ayudarnos a ser felices y hacer felices a otros.
4. La expresión y celebración:
- Puedo hablar con Dios, orar, decir sus palabras.
 - Somos agradecidos y le damos gracias.
 - Los cristianos nos reunimos para celebrar nuestra fiesta:

La Eucaristía: celebración de la comunidad,
 escuchamos la Palabra,
 damos gracias,
 compartimos el cuerpo de Jesús,
 lo hacemos siempre juntos.

Los catequistas tenemos una misión delicada con los niños que celebran la Primera Eucaristía. De la iniciación en el lenguaje religioso y en los enfoques de la vida cristiana depende la interiorización de la primera normativa cristiana en los niños. Si, como en muchas ocasiones, esos lenguajes dan lugar a falsas concepciones de lo cristiano, habrá que proceder luego a rectificaciones que crean en los jóvenes confusión, cuando no dudas y actitudes de ruptura con «lo infantil».

Si somos capaces de dar un sentido comunitario, si establecemos una sintonía doctrinal y de actitudes con las familias, lograremos introducir a los niños en un camino de ilusión, de significados cristianos llenos de esperanza, en el que se sientan siempre acompañados por quienes, como ellos desean, han hecho una opción cristiana y la viven en el gozo de la salvación